

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTÍCULOS DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANI.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todas las personas que nos tienen hechos pedidos de esta obra, se sirvan dirigirlos á Madrid en la forma que indica el anuncio y los recibirán inmediatamente.

SECCION RECREATIVA.

LA CIGÜEÑA

(ESCENAS DE LA ALDEA)

I

La escena es en la plaza única y por tanto, principal de un pueblecillo de la sierra de Soria, formado por un par de docenas de casitas blancas, de no muy artística construcción, pero de piedra, sí, señor, porque hace muchos siglos que aquellos buenos serranos se han propuesto desmentir á Malte-Brun y á tantos geógrafos de memoria, empeñados en que las casas de aquellos pueblos son de adobe, cuando allí el adobe es, respecto de la piedra, verdadero artículo de lujo. Aquellas casitas de un solo piso, modestas, pero limpias como una patena, se agrupan en irregular semicírculo al rededor de la iglesia, que descuella sobre todas, y cuyo esbelto campanario, coronado por una cruz, parece que está diciendo: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera*; á la vez que las casitas, cobijadas bajo el campanario, como los polluelos bajo las alas de la gallina, parecen decir: *á la sombra de la cruz queremos cantar nuestras alegrías y llorar nuestras tristezas*. Al transponer una de aquellas pintorescas montañas de copudos pinos y descubrir allá en el vallecito el pueblo á que me refiero, siente indefinible impresion todo corazón cristiano

viendo aquella cruz que extiende su benéfica sombra sobre las casitas, y á las casitas como arrodilladas al rededor de la cruz. No hay que decir que para aquellos sencillos habitantes su campanario es el más bonito del mundo; y cuando los rayos del sol naciente ó moribundo rodean de fantásticos reflejos de color de grana la cruz de hierro en que termina, los muchachos cantan entusiasmados:

¿Qué es aquello que reluce encima del campanario?

O es lucero, ó es estrella;

ó es la Virgen del Rosario;

aludiendo á la santa Imágen titular de la iglesia, á quien aman los aldeanos como á madre y protectora.

En una esquina de la torre ha sentado sus reales en voluminoso nido una cigüeña, como si dijera: la gracia de Dios á todos alcanza. En pacífica posesión de aquel nido, que los ancianos han visto allí desde sus tiernos años, y que lo mismo habían visto sus abuelos, se ha sucedido una dilatada dinastía de cigüeñas; á pesar de lo cual, el sér que le habita es para el pueblo, no *una cigüeña* así como se quiera, sino *la cigüeña* por excelencia, es decir, un personaje inmortal é invariable, que desde su atalaya, donde se levanta sostenida en un pié como centinela avanzado, ha visto nacer y morir cien generaciones; cuya venida por San Blas ha sido innumerables veces saludada con gritos de alborozo por los muchachos, como el primer anuncio de la risueña primavera; y cuyo castañeteo cuando, según la popular expresión, *machaca el ajo*, es, despues de la de las campanas y la de los mirlos y ruiseñores del pinar, la música más grata que halaga los oídos de los sencillos aldeanos. Ella limpia los campos de dañinos insectos y reptiles; y con tal gratitud paga el pueblo su servicio, que no habrá muchacho que se atreva á arrojarle una piedra, porque es fama, que al que lo hace se le castiga cortándole la mano derecha.

La plaza donde, como te he dicho, hermanito mio, sucede la escena que voy á referirte, es un estrecho, irregular y desnivelado espacio de terreno, cuya figura apenas podría determinarse, por su

innumerable serie de esquinzos, gibas y bocacalles. Cada vecino ha construido su casa donde buenamente se le ha antojado, y no hay allí que buscar líneas ni simetría: el primer fruto de la libertad sin trabas es en todas partes y en todas las cosas el desorden. Por un solo lado presenta alguna regularidad, y éste es el que ocupa la iglesia, cuya entrada, que corresponde al centro de la plaza, está rodeada de un pórtico elegantemente sencillo. A la derecha de la iglesia está la escuela, común á los niños de ambos sexos, y á la izquierda la casa del ayuntamiento. A entrambos lados queda un espacio bastante ancho, por donde se alcanzan á ver desde la plaza y el pórtico los hermosos y lozanos prados, el manso río, una balsa cercana, y allá un poco más atrás la siempre verde espesura de los vecinos pinares.

Frente por frente de la iglesia y en el piso bajo, tiene su honrado *establecimiento* de obra prima el único maestro zapatero del pueblo, hombre pequeñuelo y regordete, de ancha cara y ojos bailadores, de aspecto risueño y francote, aunque un tanto malicioso, y que goza fama de chistoso y decididor, con sus ribetes de poeta maleante y repentista, capaz de endilgar una copla al lucero del alba. Los serranos de aquel país no suelen tener pelo de tonto; pero el tío *Frairlán*, como le llama el pueblo corrompiendo el nombre de Froilán, que le pusieron en la pila, solía poner á prueba su ingenio con los intrincados acertijos cuya solución les proponía. Era un archivo de cuentos y donaires, un *saco de malicias*, como decían las viejas murmuradoras, cuya vanidad había herido más de una vez con significativas pullas sobre su edad, sus dientes ó la tersura de su tez. El mayor placer del tío *Frairlán* era llevar la voz cantante en los corrillos que en los días de fiesta se formaban al salir de Misa en el pórtico de la iglesia; allí estaba como el pez en el agua, excitando la risa de todos los vecinos. Por las tardes sacaba á la plaza su mugrienta guitarra, á la que *hacía hablar*, según la opinión de los mozos del pueblo, que á su són armaban una de bailes y castañuelas, que no había más que pedir.

Los días de trabajo era asiduo en su modesto taller, cuya ventana, casi al nivel del piso de la calle, cubierta en invierno con un encerado de papel embarnado de aceite para darle transparencia, se veía en verano á la salida de la escuela invadida por una turba de chiquillos, á quienes entretenía con sus cuentos y ponía en apuro con sus acertijos.

II

Eran muy cerca de las seis de la tarde de un día de verano. El tío Frailán cantaba que se las pelaba en su zapatería, mientras sobre la suela, que fijaba en un guijarro puesto entre sus rodillas, descargaba á compás terribles y sonoros martillazos, capaces de destrozar una musculatura de menos hercúlea resistencia que la suya. Un corro de mujeres, que en la plaza cosían alrededor de la ventana del zapatero, celebraban con grandes carcajadas sus peregrinas ocurrencias.

—¡El *demónico* tiene en el cuerpo ese tío Frailán!—decían.

El tío Frailán se contoneaba en su silla, y despues de toser, entonaba esta copla:

Catalina, mi vecina,
mujer de mucho aparato,
se come la longaniza
y le echa la culpa al gato.

—Per tí va, Catalina,—dijo una de las mujeres.

—Oiga usted, tío Frailán,—respondió ésta—no venga usted á insultar á *naiide*.

—¿Tépica la *conciencia*, hija?—preguntó con mucha calma el tío Frailán.

—Anda, anda, vuelve por otra,—añadieron las mujeres.

—A mí no me pica la *conciencia* ni ná, ¿está usted? ¡*Demónico* de hombre!

—Hija, no seas tan viva de genio; ¡canastos! que no lo digo por tí.

—¡Como dice usted Catalina!

—¡Pues apenas si hay Catalinas en el mundo, hija!

La ofendida se dió por satisfecha, y el tío Frailán siguió ensartando coplas y coplas, suyas y ajenas.

Un gran coro de gritos, que resonó del lado de la iglesia, anunció la salida de los niños de la escuela.

—Ya están ahí los *motriles*,—dijo el tío Frailán.

—Ya tenemos la polilla encima. ¡Jesús, que chinchés!—dijeron las mujeres.

Los muchachos se dispersaron corriendo unos, saltando otros, andando los demás á la pata coja, y voceando todos. El corro de mujeres se vió invadido de media docena de niños, que después de be-

sar la mano á sus madres, les pidieron pan.

—Nada, nada, hija; á estos chicos hay que darles limón para abrirles las gnas de comer,—decía una.

—Muchacho, quítate esos mocos; que llevas ahí unas velas que da asco,—dijo Catalina á Periquillo, su hijo.

El muchacho dió un sorbeton, pasándose al mismo tiempo por debajo de las narices la manga de la chaqueta.

—Mira, sucio, que como te vuelva á ver hacer eso, te voy á llenar la manga de alfileres, *rendino*.

—Ven acá tú, *motril*—dijo el tío Frailán,—tú que sabes tanto, á ver cómo...

—Déjeme usted coger pan primero—respondió el rapáz interrumpiéndole.

Las mujeres dieron cada una á su hijo la llave de la despensa, y los chicos partieron cada cual á su casa, saltando con la agilidad de monos la media puerta que allí suelen tener todas.

La plaza se fué al poco tiempo llenando de muchachos, todos mordiendo su pedazo de pan. Las niñas se reunían en los portales, distribuían su pan en pequeños bocaditos, que ponían en pedazos de teja y dejaban en un poyo al lado de otros llenos de ladrillo y cal molidos, que habían de ser por fuerza pimienta sal y azucar, á gusto de la expendedora. Esta barria su improvisada tienda y pesaba sus especias en una balanza formada de un palito transversal, del que pendían en forma de platillo dos medias cáscaras de limon. Las demás niñas se acercaban á comprar, regatear y poner faltas á los géneros, teniendo cuidado de soltar la falda por delante y dejarla arrastrar por detrás para parecer señoritas. La mayor parte abrazaban deformes muñecos de trapo, cuya cintura se confundía con el cuello á juzgar por el lugar donde les había sujetado las sayas; y al paso que unas les favorecían con exceso llamándoles soles y luceros y estrellas al compás de estrepitosos besos, otras les calumniaban sin conciencia, diciendo, entre azotes y regaños que lloraban poniendo el grito en el cielo, cuando los infelices muñecos no decían «esta boca es mia.»

Los muchachos buscaban juegos más ruidosos y de más movimiento: aquí se repartían gentiles espaldarazos á las *cuatro esquinas* ó á la *gallina ciega*, ó soberbios mejicones en el juego del *moscardón*; allá daban saltos en el de *á la una andaba la mula*; acullá repartían regulares golpes con un par de cuernos de cabra el que en el juego del toro hacía el papel de tal. Pero el grupo más intere-

sante para nuestro objeto es el que se ha formado junto á la ventana del tío Frailán.

—Eh, ven acá tú, *motril*, ahora que tienes pan,—dijo éste,—tú, Periquillo, que sabes tanto, vamos á ver.

Periquillo saltó dentro del corro como si fuera de goma, subiéndose con ambas manos los pantalones, operacion sin duda necesaria para contestar.

—¿Cuántos dientes tiene una *chiva atada*?

—Una *chivatada*, una *chivatada*,—dijo el muchacho con la boca llena, entendiendo mal las palabras por la intencionada rapidez con que las pronunció el tío Frailán.—Una *chivatada*,... ¡*conche!*... según los chivatos que tenga, *miaque*...

—Pues una *chiva atada* no puede ser más que una *chiva atada*.

—¡Aunque *paice!*...

—¡Otra! ¿pues qué ha de ser más que una *chiva atada*?

El muchacho, cavila que te cavila y come que come, no pudo dar en el *quid*, por más que el tío Frailán le animaba con sus frecuentes: ¡*que te quemas!*

Los demás niños hicieron inútiles esfuerzos; pero dándose al fin por vencidos todos, el tío Frailán les explicó el enigma diciendo:

—Pues una *chiva atada*—(y separó bien las dos palabras)—tiene tantos dientes como suelta.

—*Conche*... ¡y si no!—decían los muchachos convencidos de la observacion del zapatero.

Tío Frailán,—chilló una voz infantil,—¿enándo nos enseña usted el nido de bueyes que sabe en el pinar?

Motril, ¡si se han volado!

El interpelante quedó satisfecho y los demás se miraron sonriéndose.

Buenas tardes, tío Frailán y compañía dijo entonces una voz atiplada y carrasqueña salida del pecho de un nuevo personaje vestido de levita, medio hombre y medio muchacho, alto, seco, pálido, con un bigotillo mendicante y unas patillas de chuleta pobladas por distritos.

—Buenas nos las dé Dios á todos—respondieron los presentes, no sin que algunas mujeres frunciésen los labios volviendo la cabeza.

—¡Tanto bueno por acá! Entra dentro *Barbiches*, y coge una silla, que desde que te has echado esa *levosa*, *paice* que no quieres hablar con los *probes*.

Barbiches, como llaman al nuevo personaje en todo el pueblo desde que el tío Frailán le bautizó de ese modo por la irregularidad de su barba, era hijo del difunto riquete del lugar, que empeñado

en que su hijo fuera estudiante, apesar de su romo entendimiento, le llevó á la capital de provincia, donde gastó seis años de estudios, sin alcanzar jamás el bachillerato. En cambio se hizo *ilustrado y libre pensador*, abominaba de las *rancias creencias* de los aldeanos de su pueblo, hablaba de *cubs y meetings*, y decía que hacía falta una revolución, un *cambeo* completo de todo lo existente, porque los tiempos habían *vareado*, y con ellos debían *varear* las ideas. Gracias al Señor cura, se había librado alguna vez de que sus vecinos le *vareasen* á él las espaldas, cuando en un poyo del púertico de la iglesia les arengaba exhortándoles á que no fuesen á misa. y se dejasen de *rancias preocupaciones*. Barbiches era el Judas de aquel pueblo cristiano, y odiaba de corazón al tío Frailán, que más de una vez le había mortificado con sus zumbas y chacotas; apesar de lo cual aceptó su ofrecimiento, pasó á la zapatería y ocupó una silleta baja y sin respaldo, que galantemente le ofreció el zapatero.

—Con que se trataba—dijo restregándose las manos—de poner acertijos. ¿eh? También yo echaré mi cuarto á espadas. Tú, Periquillo, dile a tío Frailán...

—Mi hijo no tiene que decir nada de usted, ¿estamos?—dijo incomodada Catalina.

—¡Pero mujer!

—¡Pero hombre!... Nada, que no quiero que mi hijo diga esas cosas que usted dice.

—¡Pero si no voy á decir nada malo!

—Pues por si acaso, no quiero, ¡velay! ¡Vaya, vaya!

Barbiches miró con olímpico desdén á Catalina, y preguntó al tío Frailán:

—¿A que nó acierta usted en dónde está sostenida la tierra?

El zapatero, que aunque sabía leer, porque en aquella tierra son raros los que lo ignoran, no conocía á Copérnico ni por el ferro, ni había jamás oído el nombre de Newton, creía sencillamente que la tierra era un llano grande, grande, que formaba el suelo, ó la parte baja de todo el universo.

—¡Otra!—respondió rascándose la oreja con la punta de la lezna,—¿pues dónde está? Tú que sabes esas filosofías podrás decirlo. ¿A mí que me vienes con esos *requilorios*?

Barbiches se contoneó en su silla, dirigió primero á las mujeres una mirada de triunfo, y luego otra de desprecio al zapatero, tosió; se estiró la corbata, y ahuecando la voz empezó á perorar diciendo:

—La tierra es un esferóide aplanado hacia los polos...

Vino á echarle un jarro de agua fria el tío Frailán, preguntándole:

—¿Y qué es eso que yo no entiendo jota?

—Quiero decir,—prosiguió el orador,—que la tierra es una bola...

—¿Una bola?

—Justo y cabal.

—¡Valiente bola es la que usted quiere meternos, canastos!

—Pero hombre, ¡la ciencia! Galileo, Copérnico, Newton, Keplero...

—¿Qué quiere decir eso?

—Que todos los hombres sabios lo dicen así.

—Y el señor maestro tambien,—observó Periquillo.

—Calla tú, mocoso,—dijo Catalina,—y no te metas en camisa de once varas.

El nombre del señor maestro dejó aplanado al tío Frailán, que nó conocía más altas autoridades científicas que él y el señor cura.

—Bien,—dijo,—será una bola; pero ¿dónde se sostiene?

Barbiches, saboreando su triunfo, respondió:

—En el aire.

El tío Frailán dejó la lezna clavada en el zapato que estaba cosiendo, miró de hito en hito á Barbiches y luego á las mujeres, como preguntando:

—¿Tendrá este hombre la cabeza en su lugar?

—En el aire, sí, señor.—continuó Barbiches, respondiendo sin saberlo al pensamiento del tío Frailán.

—Hombre, ¡no nos veiga usted á meter los dedos por los ojos! ¡Ni que fuéramos chinos, canastos!... ¡Cuidado que es floja la bolita para volar como una pluma!

—Pues vuela, tío Frailán, vuela: así lo dice la ciencia,—dijo arqueando gravemente las cejas y ahuecándose Barbiches.

—Y el señor Maestro,—añadió Periquillo.

No había concluído de decirlo, cuando ya Catalina le había dado un pellizco.

—Pa que aprendas á no ser picotero.

—Déjale, mujer,—decían las demás.

—Hija,—respondía,—me quemaba la sangre cada vez que le veo salir por ese judío.

El tío Frailán tuvo graves tentaciones de resistirse á la autoridad científica del Sr. Maestro; pero, no sin lucha, se resignó á aceptarla, considerando que era un pobre zapatero, y el Maestro un hombre leído.

—Bien, bien, así será; pero dime tú, Barbiches: ¿y cómo demonios se sostiene esa bola tan grande en el aire y no dá con nosotros en los quintos infiernos?

No alcanzaba á tanto la erudicion de Barbiches: sabía el hecho por haberlo oído en las clases; pero la explicacion no había podido penetrar en su mollera. La observacion del tío Frailán, que no había previsto con ser tan sencilla, le desconcertó, y no supo más que balbucear:

—¡Hombre.... la ciencia.... ¡oh! ¡la ciencia!...

—A ver qué dice la ciencia.

—Pues dice que así es.

—¿Pero cómo?

—¡Cómo, cómo!

—Sí, cómo.

—Hombre, eso es ya mucho pedir.

—¡Pues esa es la *custion*, canastos!

—Usted es un ignorante, y un preocupado, y un fanático, y un oscurantista, y un...

—De todo lo que dices yo no entiendo más que lo de *ignorante*, y aquello de *fantástico*; y en *ignorancia* allá nos andaremos, pero en *fantasia*.... lo que es en *fantasia* me das tú quince y raya.... ¡Miren quién habló, canastos!

(Se concluirá.)

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

I. Anunciacion del nacimiento de San Juan Bautista.

Lo que es imposible á los hombres, á Dios es posible.
Lucas 18. 27.

En tiempo del rey Heródes vivia en las montañas de judea un sacerdote, de nombre *Zacarías*. cuya mujer se llamaba *Isabel*. Ambos eran justos y llevaban una vida en todo conforme con la ley de Dios. no tenían hijo y eran avanzados en edad. Muchas veces habian con fervor suplicado á Dios les concediese un hijo; mas parecía que no lo habían de conseguir.

Sucedió que *Zacarías*, segun la costumbre del sacerdocio, fuese designado por suerte para ejercer en el templo de Jerusalem las funciones sacerdotales. Al hallarse un dia en el Santuario delante del altar, ofreciendo á Dios incienso, mientras que todo el pueblo se hallaba por fuera en oracion, se le apareció á la derecha del altar que incensaba, el Angel del Señor. *Zacarías* al verle se asustó, mas el Angel le dijo: «No temas *Zacarías*, tu oracion ha sido oída, tu mujer *Isabel* te parirá un hijo, al cual darás el nombre de *Juan*. Tendrás gozo y alegría con él y su nacimiento será motivo de júbilo

para muchos, pues será grande delante del Señor, preparando el camino, y convertirá muchos de los hijos de Israel al Señor, su Dios.» Zacarías dudando, respondió y dijo al Angel: «Pero yo soy ya viejo y mi mujer tiene también mucha edad.» El Angel le contestó. «Yo soy el Angel Gabriel, que asisto delante del trono de Dios y he sido enviado para traerte este feliz mensaje. Pero como no creíste á mis palabras, quedarás mudo hasta el día en que todo se cumpla.» Dicho esto desapareció el Angel, y Zacarías, desde aquel momento, se quedó mudo.

2. Anunciación del nacimiento de Jesús.

Saldrá un renuevo del tronco de José, y de su raíz se elevará una flor. *Isaías. 41. 4.*

Seis meses después el Angel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, á casa de una virgen, cuyo nombre era María, descendiente de la familia real de David. Era pobre de bienes de fortuna, pero en cambio muy rica en virtudes. Estaba desposada con un varon justo, llamado José, pobre carpintero, pero, como María, descendiente también de la casa de David. Estando un día recojida en su aposento, entregada á la oracion, le apareció un Angel y la dijo: «Dios te salve, María, llena eres de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú eres entre todas las mujeres.»

Al oír esto la virgen María se turbó y púsose á considerar qué significaba esta salutacion, pero el Angel la dijo: «No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concibirás en tu seno y parirás un hijo, y le pondrás por nombre, Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y su reino no tendrá fin. María dijo al Angel: «¿Cómo será esto, habiendo yo hecho voto de virginidad?» Y respondiendo el Angel, le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Por eso, lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios. He aquí que también Isabel, tu parienta, tendrá aún en su vejez un hijo, porque no hay nada imposible para Dios.» Entonces dijo María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» El Angel se retiró.

María es un ejemplo perfecto de todas las virtudes, pero más especialmente de la humildad.—Como madre del Salvador ha llegado á ser también madre nuestra.

—Ella es la prometida de Dios, la que había de quebrantar la cabeza á la serpiente maligna.

Dios reveló también á José lo que con María habia acontecido. Aparecióle en sueños un Angel del Señor diciendo: «¡José, hijo de David, no temas en recibir á María, tu esposa! Por obra del Espíritu Santo parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesús: pues él es quien ha de salvar á su pueblo de sus pecados.» Con esto José, al despertarse, hizo lo que el Angel del Señor le había mandado, y recibió á su esposa.

3. La visitacion de María.

Se alegrarán todos aquellos que ponen en tí su esperanza: se regocijarán eternamente, y tú morarás en ellos. *Salmo 5. 12.*

Después de haber María recibido este mensaje del Angel partió presurosa á las montañas de Judea. Llegó á la casa de Zacarías y saludó con afecto á su prima Isabel. Al oír ésta el saludo de María se sintió llena del Espíritu Santo y exclamando en alta voz dijo: «¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de donde me viene á mí la ventura que la Madre de mi Señor se digne visitarme? Bienaventurada tú que creíste, porque cumplido todo será lo que te fué dicho de parte del Señor.» Llena de purísimo gozo por la gracia que le había sido concedida por Dios, prorumpió María en este sublime cántico: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se alegró en Dios, mi Salvador. Porque miró la humildad de su esclava: hé aquí, que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Por que ha hecho en mí cosas grandes él cuyo nombre es santo y cuya misericordia se extiende de generacion en generacion sobre los que le temen. Manifestó el poder de su brazo, desbarató los desiguos del corazon de los soberbios. Derribó del trono á los grandes y ensalzó á los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes y á los ricos los dejó vacios. Acogió á Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Segun lo prometió á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia para siempre.

Detúvose María unos tres meses con su prima; y después regresó á su casa en Nazaret.

(Se continuará.)

L. C. Businger.

MÁXIMAS

Sacadas de los Sagrados Libros.

LA ORACION.

Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que vengan las miserias y lleguen los años de los cuales tú dirás: ¡Años enfadosos!

Eclesiástico.

Velad y orad para no caer en la tentacion.

S. Mateo.

Daniel hincaba tres veces al día sus rodillas para adorar á Dios y darle gracias.

Daniel.

Antes de la oracion prepara tu alma y no seas como un hombre, que tienta á Dios.

Eclesiástico.

Quien adora á Dios con buena voluntad, será protegido y su oracion llegará hasta las nubes. La oracion del humilde traspasará las nubes.

Eclesiástico.

Si entre vosotros hay álguien que esté triste, haga oracion.

Santiago.

Orad unos por otros para salvaros; porque mucho vale la oracion perseverante del justo.

Santiago.

Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y os abrirán.

S. Mateo.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la santa lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y en Cuba, «La Historia», Remedios.

Imp. Nueva, Bellot, 3.